

La niña violenta

= Del tomo *Pruebas de Nueva York*. Málaga =

LA palabra «niña» es tan acomodable que puede recaer sobre una efectiva niña, sobre una mujer lozana y sobre una solterona vieja. Para entender a qué niña me voy a referir necesito, pues, un preámbulo, siquiera sea breve. Ya está: me refiero a una hermana extranjera de nuestra «niña bien».

Esa niña vive en los Estados Unidos al lado de un sinfín de otras que son femeninas, dulces o modositas, pacatas u ordenadas, como las de cualquier país. Pero se destaca de tal modo que acaba siendo el hito diferencial. Nuestra «niña bien» no puede, en ningún momento, aceptarse como cifra de la mujer española. Tampoco «la garçon» lo es de la francesa.

La niña violenta, en cambio, es la cifra más característica de los Estados Unidos. Si me aprietan un poco diré que ella es así porque así es Nueva York y así es toda la gran República.

Esa niña es adorable. Junto a sus encantos físicos, tiene otros de carácter interior capaces de embaucar también. Alta y elástica, dura y blanda en sus puntos y según leyes de perfección, limpia, y acariciada más que guarecida en telas que son velos, sin memoria ya de camisas, corsés, fajas ni piezas de la tradicional indumentaria, va y viene, monta y baja con nervio seguro, sin retemblores de carne flácida y sin apariencia de dudas intelectuales. Con ímpetu gimnástico irrumpe en todas las órdenes de la vida.

No todo español estimará su belleza, porque nosotros estamos acostumbrados a juzgar por la cara, más que por el cuerpo. Nuestra raza lo pide así. Nuestras mujeres llevan la belleza en la cara: en los ojos, en la boca, en la frente, en el dibujo de la nariz, en la expresión viva y temperamental, que no siempre es larga ni profunda.

La belleza de yanqui es más repartida. Fluye, como un impulso, de extremo a extremo. Tal vez no complete, con rasgos de perfección, ninguno de sus miembros, pero consigue un total más armonioso. Es una belleza dinámica, que arrastra nuestros ojos el recorrido entero, al viaje de circunvalación. Se aparta completamente de la belleza tradicional española que

invita—no al viaje—sino a la contemplación de un punto, de una parte de la persona, solicitando reposo, estabilidad.

Ya sé que nuestras niñas de hoy también se preocupan de la línea, pero pienso en la raza, no el tipo de mujer metropolitana que se aproxima al tipo cosmopolita. De todos modos, si pensase en ésta diría que está muy lejos de la niña neoyorquina y por una razón que no se improvisa: porque toda la soltura de movimientos, toda la energía, decisión y hasta violencia de la niña norteamericana es externa e interna a la vez. «Lo que hay dentro, eso hay fuera», como decía Goethe. Son unas en cuerpo y alma. Y su acento es la violencia. Surgirán con desenfado ante vosotros. Amarán con rapidez y pasarán a la indiferencia bruscamente, para internarse en nuevas faenas. Y sin resquemor, ni adherencias sentimentales; saliendo de la suerte como buen torero para iniciar otra de tipo muy diferente. Amarán al padre y al marido y al novio, pero en cuanto noten que obstaculizan el desenvolvimiento de su voluntad — a su voluntad le llaman «su vida»—se plantarán violentamente. No hay entrega total, no quiere haberla. Puede haberla, pero a costa de qué renunciaciones.

La norteamericana se enorgullece de su intrepidez y piensa que hay tal grandeza en el impulso generoso y espontáneo de su alma, que todas las consecuencias, por funestas que sean, deben perdonarse. Cultiva el movimiento radical y primitivo del corazón, pero—aquí lo grave—odia las consecuencias del corazón. Le aterra la fidelidad, le aterra la maternidad. Como alma primitiva detesta esos conceptos elaborados por la civilización. A veces llevo al extremo de creer que aborrece todas las palabras que en español terminan en «dad»: caballerosidad, generosidad, caridad, piedad, sentimentalidad. Todas son trabas para su violencia.

Claro que yo exagero en este punto, pero sin forzar con claros y negros no llegamos a cierta nitidez de visión. Hombres y mujeres de América pueden sentirse vejados por lo que escribo y, sin embargo, no sale

de mi pluma gota de antipatía, ni se mueve por otro resorte que el deseo de comprender y hacer patente lo comprendido. No puedo ofender a las mujeres de tipo europeo que existen allá, porque no pienso en ellas. Pienso en la niña violenta, en la niña violenta que es Nueva York toda, y toda América del Norte.

No digo tampoco nada que sea nuevo totalmente. Escritores, viajeros y simples lectores hablan del primitivismo norteamericano. Yo lo que hago es incorporar ese concepto; llamarle «niña» y «niña violenta» para luego bautizar así a la metrópolis más inquietante y violenta del mundo actual.

Niñez y violencia están en una misma cuerda. La intrepidez, también. Y soy, por moverme en terrenos del espíritu y del arte, idólatra de lo que tiene niñez, intrepidez y violencia. Estoy en alma con Nueva York, con Picasso y con Lindberg. Sus caminos llevan a los golpes, a los fracasos, pero llevan, y a veces llevan a las victorias, y siempre llevan a la emoción.

Como amante de la vida tranquila—que también lo soy, que también lo sois—tiemblo. Y me acuerdo de *Azorín*, viendo pasar las nubes, y de Fray Luis, viendo la paz del huerto. Pero,

José Moreno Villa

Tablero

= 1928 =

José Moreno Villa ha publicado un nuevo libro: *Pruebas de Nueva York*. Málaga, imprenta SUR. Ha tenido la bondad de remitírnoslo. Lo hemos leído con sumo agrado. Es un librito que se destaca: hay en él primores de estilo y de observación. Júzguese por los dos capítulos que en esta entrega reproducimos.

Asterisco. — Recuerdo una frase del maestro Unamuno. Decía que cuando un político no se atrevía a cometer una monstruosidad llamaba a un técnico, y éste la cometía con la menor desaprensión. El técnico tiene el lenguaje que usaban nuestros germanófilos cuando decían: «No me hable usted de la guerra». Al princi-

pio, cuando Alemania triunfaba, preferían que les hablaran de la guerra; después no querían hablar de ella, porque la guerra significaba derrota. Así los técnicos dicen: «No me hable usted de la política», y es sencillamente porque el político le recuerda su claudicación, porque el técnico es la apostasía y la decepción de un porvenir mejor.—LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA

¡ay de las ramas que salen de la tranquilidad! ¡Qué hora más dichosa y bienaventurada la que nos envuelve en esta solana de Cadalso de los Vidrios, de Cogolludo, de Chinchón, pueblecitos de Castilla! Pero, ¡qué días más tristes, qué años más pobres, de pobreza total!

Después que la luz clara de la meseta castellana nos define lomas, árboles, bestias, senderos, nubes; después que el silencio se hace carne o cuerpo, alimento; después de sentir la tranquilidad, nos sobrecoge un sano terror a ella. Y como pelota rebotada salimos en busca de la violencia, de Nueva York, de la intrepidez, de la irresponsabilidad, de la *Flapper*, de la niñez.

En esta hora de intrepidez y confusión, el mejor nauta no es nauta de olas, sino de nubes. Pero, atendamos a un punto: ese nauta, como esa niña violenta, irrumpen en la confusión fijos los cinco sentidos y las siete virtudes o talentos en una sola presa, como el águila. En una sola presa, sin acordarse de la de ayer, ni pensar en la de mañana. Como los buenos cristianos, después de todo, sólo buscan el pan del día. La niña violenta coge la fruta del momento, y le desagradará mañana que le recordéis la fruta de ayer.

Etimología.—Recuérdase la etimología de isla, vocablo que viene de *insula*. La raíz *sul* significa—como *sal*—la idea de brincar, saltar. Así *insula* es el trozo de tierra, el peñasco que ha saltado en medio del mar.—Cita de J. ORTEGA Y GASSET.

(Sigue en la pág. 224).